

CAPITULO XI.

SANCHEZ SOÑANDO CON LOS GRANDES NEGOCIOS.

A asistencia de Sanchez se venia abajo á la sazen: las dos viejas y doña Felipa habian entrado en pleno congreso y se debatia con acaloramiento la cuestion de si las noticias de doña Zeferina eran puras invenciones de las gentes ó si tenian algun fundamento.

No tardó D. Aristeo en formar parte de aquella diputacion permanente, y doña Felipa, que era la mas interesada en saber la verdad, dijo á D. Aristeo:

—¡Qué dice usted lo que se cuenta, señor D. Aristeo

de mi alma! vea usted que estoy en una verdadera tribulación.

—¿Qué se cuenta, doña Felipa?

—Nada: las gentes; ya conoce usted á las gentes, han dado y tomado en que mi hermano, mi honrado hermano, tiene..... tiene su quebradero de cabeza; como si el pobrecito estuviera para esas cosas, tan ocupado siempre en su oficina y en todas las cosas de palacio y de la política; ¡vaya usted á ver, señor D. Aristeo de mi alma, si eso será posible! pero tanto lo dicen que ya sabe usted: cuando el río suena..... yo no lo creo, por supuesto, y Dios me libre de hacer suposiciones; pero ya una persona me dice que se dice, ya otra que lo ha visto, ya, en fin, no falta quien diga que conoce á la chica, y yo entretanto no sé á que atenerme.

Lo único que sé decir es que al pobrecito de mi hermano no se le conoce inquietud, y luego, como trata tan bien á Amalia y le da tanto gusto, se le resiste á uno creer ciertas cosas.

Don Aristeo fijaba sus miradas alternativamente en doña Anita y en doña Zeferina, y á pesar de estarlo viendo no acababa de convencerse de que todo aquello que estaba diciendo doña Felipa lo sabían las viejas.

—Pero..... ¿estas señoras saben?

—¡Ay, mi señor D. Aristeo! ¿y quién no lo sabe en México? si de lo que debía usted sorprenderse es de que no lo sepa Felipita tan bien como nosotras; si eso es público y notorio; conque es buena que se ha llegado á de-

cir que Amalia lo sabe y se hace sorda, porque así le conviene.

—¿Y usted la conoce, doña Zeferina?

—Nada mas dos veces la he visto: una yendo yo al Colegio de Niñas á ver á mi padre confesor, y otra en el átrio de catedral.

—¿Y qué tal?

—La verdad, como quiero tanto á la pobre de Amalia, me pareció así, así..... le diré á usted, mi señor D. Aristeo, ella no es fea, quiere decir, no se ve fea porque como ahora se pintan tanto las mugeres no se puede juzgar; sí tiene buenas facciones, buenos ojos, buena boca, y un pelo que, á ser suyo, le aseguro á usted que es hermosísimo; yo creo que es americana, por lo menos así lo he oído decir: la americana por aquí, la americana por allí.... eso sí, en cuanto á lujo, no se diga: ¡si parece una reina!

—¿Quien es esa? le pregunté á una señora muy buena, que va todos los mártes al Colegio de Niñas.

—¡Quién ha de ser! la americana, me contestó.

—¿Qué americana?

—La que tiene el señor Sanchez.

—¿Con que la tiene?

—¡Vaya, mi alma! qué atrasada está usted de noticias!

—¿Pero de cual Sanchez habla usted?

—¡Cómo de cual! del marido de Amalia, de su amigo de usted, porque yo sé que va usted á la casa.

Entonces le dije que yo no era precisamente amiga del

señor Sanchez, que la amistad era con Felipita, y quedamos en eso.

—Conque ya lo ve usted, señor D. Aristeo, dijo Felipita, con esos datos ya podrá usted figurarse que cuanto menos, la hacen á uno dudar.

La Chata, que sabia mejor que todos estos asuntos, habia pasado varias veces por la pieza en que se discutian, y se habia enterado á su vez de que se estaba preparando una borrasca.

Entre tanto Amalia seguia recibiendo en el saloncito á Ricardo, quien habia llegado á convertirse en visita cuotidiana; y por supuesto, la intimidad entre estas dos personas, entre quienes habia ya tantos motivos de simpatía, subia de punto.

Sanchez, por su parte, estaba muy ageno de que sus asuntos estuvieran á discusion, y no pensaba mas que en la manera de aumentar sus rentas, á fin de poder subvenir á las necesidades que se habia impuesto.

Sanchez habia entrado por primera vez á desempeñar el papel de rico, y le habia sucedido lo que á todos los ricos nuevos: no le alcanzaba.

Una vez en posesion de ciertos recursos que, con mucho, superaban á los de su haber comun, Sanchez perdió los estribos en materia de egresos, al grado de que una escrupolosa liquidacion le hubiera puesto de manifiesto esta terrible verdad:—No tengo nada.

Pero Sanchez se habia filiado ya entre las gentes de cierta importancia; habia contraido cierto género de amis-

tades de ventajosa posicion social, y ya no le era posible retroceder.

Introducir economías, rehusar ciertos convites, no corresponder á ciertos obsequios, hubiera sido salir en vergonzosa derrota del círculo social á que habia logrado penetrar ayudado de la fortuna.

Era todavía tiempo de introducir el órden, y el órden bastaria para restablecer el equilibrio; pero el diablo de la vanidad se pronunciaba abiertamente contra cualquiera modificacion, y Sanchez veia venir, y no muy lentamente, su ruina, sin poderla evitar, sin tener valor suficiente para cortar el mal.

Era el mes de Diciembre, y la nota de los vencimientos de este mes fatal hablaba de una manera elocuente contra la tranquilidad de Sanchez.

El funesto renglon de la cocota habia acabado de desnivelar el presupuesto: aquellos trescientos pesos pagados con una escrupulosidad de Lord, habian minado hasta los cimientos la fortuna de Sanchez.

Habia recibido ya de un agiotista, seis quincenas adelantadas de sus sueldos, y una de sus casas estaba gravada en cantidad que debia pagar en Diciembre.

Hábale aconsejado á Sanchez un amigo suyo que cultivara la amistad de cierto personaje, con la mira de llegar á merecer su atencion y sus favores.

Este personaje era Carlos el marido de Chona, con quien Sanchez mantenía hasta entonces una amistad ceremoniosa y aparente; pero cierta mañana, hablándose en

el almacén de Carlos de cierto negocio con el gobierno, no faltó quien opinara que antes de promoverlo oficialmente, se contara con algún empleado que personalmente interesado en servir á la casa, fuera el medio para conseguir el resultado que se deseaba, y allí se habló de Sanchez, como la persona mas á propósito.

Acto continuo Carlos envió á Sanchez una esquela invitándolo á tomar el té en la noche.

Ya se deja entender que Sanchez recibió aquella esquela con placer, con un placer que le recordó la escena de las cartas de la Gran Duquesa, y si no cantó, porque Sanchez no sabia cantar, sí repitió muchas veces para su colete:

¡Oh carta adorada
Me hiciste feliz,
Yo te besaré
Mil veces y mil.

Se vistió á la oración, y puntual como un inglés estuvo en casa de Carlos á las ocho y media de la noche, no sin permitirse el lujo de alquilar una berlina con frisonas que hicieran un poco de ruido á su llegada á la casa.

Sanchez, fué recibido con esquisita atención, no solo por Carlos sino por los empleados del almacén, que sabían que al obsequiar á Sanchez, se adherían á las miras del principal y cooperaban al buen éxito de los negocios de la casa.

Sanchez que era muy patriota, estaba creyendo que hacia un verdadero sacrificio en pisar aquella casa, por ser de mochos; pero ya se habia prevenido para poder dar sus excusas á los amigos que pudieran por acaso afearle este proceder.

El salón de la casa de Carlos estaba profusamente iluminado y abierta la tapa de un magnífico piano de cola americano.

Carlos habia mandado llevar algunos profesores de la orquesta de la ópera y habia invitado además á algunas notabilidades filarmónicas á fin de amenizar la reunión con piezas selectas de música.

Habia en el salón hasta doce señoras, y el resto de los asientos lo ocupaban mayor número de caballeros, en la generalidad personas de distinción.

Los señores profesores D. Tomás Leon y D. Pedro Mellet ocuparon el piano y tocaron admirablemente la gran obertura de Guillermo Tell, la que, á pesar de la gravedad y circunspección que reinaba entre los concurrentes y de esa reserva severa que se nota al principio de una reunión, arrancó una salva de aplausos que fué ya el principio de la animación y de la cordialidad.

Efectivamente, esa gran pieza musical ejecutada por tan notables profesores y en aquel piano, nada dejaria que desear á los mas severos maestros.

—¡Qué hermosa obertura! dijo Chona á Sanchez que estaba á su lado.

—Sí, sí señora, es hermosísima, y sobre todo ¡tan bien ejecutada!

Esto lo dijo Sanchez porque creyó que debía decirlo, pero sin conciencia; porque en materia de música, Sanchez no habia tenido tiempo de educarse el gusto, ocupado como habia estado siempre en servir á la madre patria.

Cuando Sanchez se vió rodeado de atenciones de todo género, y haciendo en aquella selecta reunion un papel que ni él mismo se esperaba, tuvo uno de esos momentos de deslumbramiento y de ilusion que comunicó á su ánimo mas expansion y á sus ademanes mas desenvoltura; se atrevió á hablar de música dando á sus palabras cierto tono magistral.

Las frases de Sanchez eran recogidas con marcadas muestras de benevolencia, especialmente por parte de los dependientes de la casa.

—¿Quién es este hombre? preguntó Salvador á Chona con aire de príncipe.

—Es Sanchez, contestó Chona.

—¿Qué Sanchez? insistió Salvador.

—Yo no sé; es una persona nueva, es amigo de Carlos.

—¿Hablan ustedes del señor Sanchez? dijo un joven elegante; yo tambien acabo de pedir informes.

—¿Y quién es? preguntó Chona.

—Es un puro, es uno de estos liberales..... ya ustedes me entienden; no hay mas que verlo metido en el frac, para comprender de qué clase de pájaro se trata.

—¡Ah! ¿conque es liberal? preguntó Chona.

—Sí, es de estos hombres nuevos, ya saben ustedes; hombres elevados por la revolucion.

—¡Ay Dios mio, qué horror! exclamó Chona, ¡cuantas muertes deberá este..... santo varon!

—Vea usted, Chona, dijo el elegante, en cuanto á muertes no me parece que tenga mucho que decirse, pero en cuanto á otras cosas.....

—¿Y qué cosa es? preguntó Salvador.

—Empleado del gobierno; parece que tiene un buen empleo.

—De todos modos, dijo Chona, mi marido hace mal en presentarnos gentes de esa clase, ¿porque adonde vamos á parar? tras de este vendrán otros.

—¡Y Dios nos asista, Chona! porque su casa de usted se convertiria en una de tantas.

—Y hasta ahora, agregó Chona, ya lo ven ustedes, nos hemos visto libres de esa plaga; yo no puedo ver á los héroes de hoy; á mí me llaman retrógrada y mocha y que sé yo cuantas cosas mas, pero yo no transijo; esa igualdad tan mentada no la paso, porque los de abajo son los que la proclaman para ser iguales á los de arriba.

—Lo que no puedo comprender es como Carlos, que ha sido el primero siempre en manifestarse intransigente, acoge esta noche á ese señor con una afabilidad, de que estoy verdaderamente pasmado.

—¡Vaya! agregó Chona, al grado de que yo acabo de llevar un buen chasco: al ver que mi marido lo trata tan

bien, ¿creerán ustedes que me he permitido dirigirle la palabra?

—Era natural, dijo el elegante.

Cárlos había tenido tiempo ya de notar que Chona, Salvador y aquel otro personaje hablaban con cierta reserva y acaloramiento, y pensó desde luego que Chona era muy capaz de contrariar sus planes, de manera que, tomando á Sanchez familiarmente por el brazo, lo llevó hácia donde estaba Chona.

—Estaba cometiendo una falta, aunque involuntaria, dijo Cárlos á su muger; se me habia olvidado presentarte á este caballero, al señor Sanchez, persona muy recomendable y amigo de toda mi consideracion.

En la manera de hacer la presentacion, conoció Chona que su marido tenia en ello algun interes particular, y Chona á su vez hizo un esfuerzo para dirigir un cumplimiento á Sanchez, quien con esta nueva distincion acabó de perder la cabeza.

Se empeñó en ser lo mas cortés y galante con Chona, quien en medio de Salvador y del elegante, recibió heroicamente la andanada de barbaridades que Sanchez decia, seguro, por otra parte, de estar desempeñando admirablemente su papel de cortesano.

—Tengo la mayor satisfaccion, señora, en haber tenido el gusto..... de..... el gusto de ofrecer á usted mis escasos servicios. Yo, señora..... no soy de México, y nosotros los de fuera somos así..... pues..... no esta-

mos al tanto de la etiqueta y de ciertas cosas; pero en cambio tenemos el corazon en las manos.

—Sí, señor, contestó Chona, la ingenuidad es una virtud rara y.....

—Porque vea usted, señorita, yo soy un hombre del pueblo, soy hijo del pueblo y todo se lo debo al pueblo; soy liberal, pero por lo mismo respeto la opinion de los demas para que así respeten la mia; ¿no le parece á usted, señorita?

—Efectivamente.

—Porque uno es que sea uno liberal, pero liberal de orden, y otro es que lo confundan á uno con la gentuza; no, señorita, yo soy liberal de orden, como creo que lo será el señor, y el señor, y todos, porque ¿quién no es liberal, quiere decir, quién no ama esa deidad?.....

Al llegar aquí le pareció á Sanchez que se iba elevando mucho, y como el papel que en aquel momento se habia propuesto representar era el de un hombre sencillo y franco y sobre todo atento y apreciable, cambió de rumbo su discurso y continuó:

—Es cierto que entre los hombres de mi partido ha habido de todo; pero ¿qué quieren ustedes? las revoluciones no se hacen precisamente contando con las clases privilegiadas, y no se puede evitar que ingresen á las filas hombres que deshonoran la causa y hacen que por unos pierdan todos.

Afortunadamente para Chona, se sentaba al piano una señorita discípula del maestro Melesio Morales, y ejecu-

taba la preciosa composicion imitativa del mismo maestro titulada: "Un sueño en el mar."

Sanchez se separó del grupo haciendo una cortesía y se fué á sentar por otra parte.

Chona, Salvador y el elegante se dirigieron una mirada de inteligencia.



CAPÍTULO XII.

CONTINUA SANCHEZ EN EL CAMINO DE
SU ENGRANDECIMIENTO.

DESPUES de algunas piezas ejecutadas en el piano por los profesores, y de otras muy notables acompañadas por los instrumentos que constituian un cuarteto musical, la concurrencia fué invitada á pasar al comedor.

Sanchez, que á imitacion de los demas, habia ofrecido el brazo á una señora, atravesó las habitaciones, no sin poner el mas minucioso cuidado, aunque con disimulo, acerca de los pormenores que pudiera atrapar sobre los muebles y su colocacion, con objeto de tomar nota y